

XV

El doctor.

Mientras que el príncipe permanecía absorto mirando á Ofelia, otra escena muy distinta tenía lugar en el fondo de la estancia.

El otro embozado que había subido con el príncipe se había desembarazado igualmente de su capa y de su sombrero, arrojándolo todo sobre una silla.

Al verle se acercó Malvina á Blanca y le dijo al oído:

—¡El marqués de la Oliva!

Mas la pobre niña no la oyó, absorta en la afición con que contemplaba á su hermana privada de sentido.

Gloria, por el contrario, había fijado maquinalmente sus ojos en el semblante del recién llegado y un subido carmín coloreó sus blancas y transparentes mejillas.

Había reconocido en él al hombre que sin cesar la seguía y se presentaba ante sus ojos.

Desde el día en que había querido comprar á Rosa su primer ramillete, veíale en todas partes; si se acercaba al balcón, le encontraba situado en la acera de enfrente; si salía para entregar labor con Malvina ó alguna de sus hermanas le

encontraba siempre, y muchas veces la imagen de aquel hermoso joven se había mezclado al insomnio producido por el exceso del trabajo ó por la falta de alimento, pues aquellas pobres niñas habían sentido con frecuencia los rigores del hambre.

El marqués, débil aún y pálido, pues estaba convaleciente de su herida, se dejó caer en el sofá y apoyó la mejilla en la mano, pareciendo reflexionar profundamente.

En tanto el príncipe, saliendo de su contemplación, había acudido al socorro de Ofelia, á cuya nariz acercó su pañuelo impregnado de un fuerte perfume.

Ofelia hizo un movimiento, y el príncipe, volviéndose vivamente hacia las personas que había á su espalda, dijo con voz fuerte:

—¡Un médico!

El señor Martín puso en movimiento sus largas piernas, pero María, con los ojos arrasados de lágrimas y las manos cruzadas, le cerró el paso.

—¡No tenemos dinero!—murmuró con voz tan ahogada, que sólo el anciano pudo percibirla.

—¿Y qué importa que no haya dinero?—repuso éste con acento decidido y con aquella impremeditación propia de las personas en quienes la educación no ha modificado los transpor-

tes del alma.—¡No faltaba más sino que pudiendo yo trabajar aún careciese la señorita de un buen facultativo!

Esto diciendo salió apresuradamente, en tanto que el príncipe contemplaba á Blanca y á María de la Gloria con un interés á través del cual se traslucía una profunda pena.

La contestación del zapatero le había iluminado acerca de lo que la joven podía haberle dicho.

Contemplaba, pues, aquella habitación, en la cual el buen gusto luchaba con la miseria de un modo tan enérgico; aquella pobre cena cuyos manjares no sabía él que existiesen; el menos que modesto lecho en que estaba acostada Ofelia, y sobre todo las abatidas figuras de Blanca y de María, quienes sólo contenían su llanto por un efecto de su dignidad y de su orgullo.

Las desgraciadas niñas, absortas en su pena, ni habían advertido el espionaje del príncipe ni tampoco la malvada alegría que se retrató en las facciones del marqués al contemplar su indigencia y abandono.

Ofelia había vuelto á cerrar los ojos; Blanca y María, inclinadas una á cada lado del lecho, se asemejaban á las estatuas del dolor y de la tristeza.

El príncipe se acercó á Gloria y le rogó con dulzura que le oyese algunas palabras.

La joven, dócil como un corderillo y cediendo á la confianza que le inspiraba aquel hombre de aspecto tan grave y noble, le siguió cerca de uno de los balcones.

—Señorita—dijo Cellemare—yo he sido uno de los admiradores del padre de usted y además uno de sus amigos; artista como él, pero de una nación extranjera, me hallé en Madrid hace seis años sin recursos y sin medio alguno de subsistencia. El padre de usted ocurrió con la mayor generosidad á mi pobreza y me facilitó la cantidad que necesitaba para terminar el cuadro que estaba pintando y poder regresar á Roma, donde debía venderle. Mucho tiempo he buscado á usted y á sus hermanas—continuó el príncipe:—anoche supe, por fin, dónde se hallaban ustedes y he venido á satisfacerles la deuda que contraje con su padre, de cuya muerte tuve noticia en Venecia, con profundo sentimiento.

El príncipe, al decir estas palabras con voz conmovida, presentó á María un bolsillo de seda verde, á través de cuyas mallas brillaban muchas monedas de oro; pero su actitud era tan respetuosa como si hubiera demandado un favor de gran valía.

Gloria alzó los ojos al cielo con expresión de indecible gratitud y sus labios se movieron como si rezase.

—¡Gracias, señor!—dijo con voz trémula y

oscurecida por las lágrimas que contenía con trabajo.—¡No sabe usted el bien que nos ha hecho acordándose de nosotras, pobres huérfanas desvalidas!... Al amigo de nuestro padre puedo decirselo todo... ¡Señor, la noble conducta de usted salva á mi hermana de una muerte cierta, pues hace mucho tiempo que está enferma, sin que nuestra indigencia nos haya permitido poner los medios que pueden curar su mal!

El príncipe no respondió á estas tristes palabras, contentándose con mirar á Ofelia con marcado enternecimiento.

La llegada del médico, que venía acompañado del señor Martín, hizo variar la situación; el príncipe, para evitar á María la penosa acción de tomar su bolsillo, le colocó sobre una cómoda y se acercó con la joven al lecho de su hermana.

El doctor asíó la helada mano de Ofelia, aplicó el oído á su pecho y tocó sus sienes, bañadas con el sudor de la congoja.

—Aquí no hay más que debilidad y sufrimientos morales—dijo en voz baja;—esta señorita debe haber padecido de espíritu más de lo que puede sobrellevar una edad tan tierna.

El médico pronunció estas palabras con un acento afectuoso, casi paternal; más al fijar sus ojos en las hermosas figuras de Cellemare y del marqués, anublóse su frente y una sonrisa amarga asomó á sus labios.

—¿Qué debemos hacer, señor doctor?—preguntó ansiosamente Blanca, siguiéndole fuera de la alcoba.

—Nada tengo que recetar, querida—respondió el médico con frialdad;—contra las causas que motivan el mal de esa joven no tiene la ciencia remedio alguno.

El doctor se dirigió á la puerta, mientras que la pobre niña rompía á llorar amargamente.

—Nómbreme usted la enfermedad de esta joven, señor doctor—dijo severamente el príncipe, saliendo al encuentro del médico.

—¿Es usted su amante?—preguntó tristemente el médico, que era un anciano de grave y digno aspecto.

—No, señor—contestó con firmeza el italiano.

—¿Es usted su esposo?

—¡No!

—¿Su hermano?

—Tampoco.

—Entonces bien puedo decirle la verdad.

—Dígala usted.

—El mal de esa joven es... ¡disolución!

—¡Doctor!—gritó Cellemare con voz terrible.

—¿Qué quiere usted?—contestó el médico volviéndose desde el umbral.

—Vea usted que no sabemos á quién infamamos, usted profiriendo esas palabras y yo escuchándolas.

—Podrá ser que no sepa usted quiénes son estas jóvenes: yo tampoco lo sabía al venir; mas desde que las vi conocí que estaba en el famoso *nido de palomas*.

—¿Qué quiere usted decir?

—¿No ha oído usted hablar desde que está en Madrid, porque su acento me hace comprender que es usted extranjero, no ha oído usted hablar del *nido de palomas*?

—Sí... ¡Oh... sí!—exclamó sordamente el príncipe llevándose las manos á la frente.

—En él se halla usted, pues,—dijo el médico bajando la escalera con Cellemare, que le siguió gritando como un loco.

—¡No... no!... ¡No puede ser esa mujer, la sombra de mi santa madre!...

No bien hubieron salido el príncipe y el doctor, seguidos del señor Martín, que fué á alabar, desapareció Malvina; sentóse Blanca á la cabecera de Ofelia y María quedó sola con el marqués de la Oliva.

Durante algún tiempo reinó en la estancia el silencio más profundo.

María, confusa y ruborizada, no se atrevía á levantar los ojos, sintiendo, por decirlo así, la cínica mirada del marqués.

Éste, que tenía sobrado conocimiento del mundo y del corazón de la mujer para que pudiese olvidar durante largo rato lo embarazoso

de semejante posición, rompió al fin el silencio diciendo á la joven:

—Señorita, la presencia de personas extrañas y el desgraciado accidente de la hermana de usted me han impedido hablarle antes del asunto que me conduce á su casa.

El marqués guardó de nuevo silencio, esperando una contestación, ó quizá reflexionando si debía nombrar al príncipe, á quien desde que subieron la escalera había reconocido; ambos se habían medido con una mirada igualmente terrible, mas la del príncipe estaba respirando desprecio hacia el marqués, al mismo tiempo que la de éste revelaba el odio mas profundo y concentrado.

Resolvióse, por último, á no nombrarle, y viendo que María continuaba en su silencio añadió:

—Mi amiga, la señora duquesa de Ríoclaro, quien por una grave indisposición no ha podido venir personalmente á verla, me ha dado una carta para usted.

—¡Una carta para mí!—repitió sorprendida María de la Gloria;—¡si yo no conozco á esa señora!...

—Lo creo, señorita, pero ella conoce á usted como puede ver por la carta de que le he hablado.

Carlos, al decir estas palabras, presentó, en

efecto, á la joven, una carta de papel rosado, perfumada, y en cuyo sobre se leía con una letra clara y menuda:

«A la señorita María de la Gloria Valdés.»

María rompió el sello, que lo formaba una corona ducal, impresa en lacre blanco, y leyó el billete, concebido en estos términos:

«La duquesa de Ríoclaro participa á la señorita María de la Gloria Valdés que, teniendo noticia de su rara habilidad para la música, desearía diese lecciones de piano á su hija Nélida, de edad de siete años.

»La duquesa espera mañana, á las cuatro de la tarde, en su palacio, á la señorita María, para que fije por sí misma sus honorarios y la hora de dar las lecciones.»

María guardó este billete, y una viva alegría iluminó su semblante encantador.

¡Podría ganar algún dinero para que sus hermanas no trabajasen tanto!

Este pensamiento no le dejó ver el estilo humillante de la carta; no advirtió que en ella la duquesa no llamaba á su hija *señorita*, sin duda por no igualarla con ella.

Su inocencia no le hizo tampoco extraño el singular medio de que se había valido la duquesa para enviarle su carta; mas el marqués, que era sagaz hasta un punto increíble, se apresuró á decir:

—La duquesa, señorita, podía haber á usted enviado esta carta por uno de sus criados; mas le han hablado tan favorablemente del carácter y costumbres de usted y de sus hermanas, que me ha rogado me encargase de este asunto por deferencia hacia usted y su familia.

—¿Quién ha podido hablarle de nosotras?—preguntó cándidamente María.

—Lo ignoro, señorita.

—Nadie nos conoce y vivimos absolutamente retiradas.

—Quizá son ustedes más conocidas de lo que se imaginan—repuso el marqués con una maligna sonrisa;—quien las ha visto una sola vez no puede olvidarlas, pues son ustedes tres bellezas de un género tan perfecto como diferente; pero—añadió el marqués—no quiero ofender sus oídos con galanterías que quizá le disgustará escuchar, atendido el estado delicado de su querida hermana; dígame usted únicamente si podré asegurar á la señora duquesa que verá á usted mañana.

—Sí, caballero—contestó María;—puede usted asegurarle que mañana, á las cuatro, tendré el honor de verla.

La joven, á pesar de su inocencia, de su pre-ocupación y de su absoluta ignorancia del mundo y de sus costumbres, hizo, al decir estas palabras, una señal de cabeza al marqués, que dió a

entender á éste con bastante claridad se había concluido su entrevista.

El marqués, admirado de la nobleza y dignidad de aquel movimiento, permaneció inmóvil, contemplando á Gloria; mas ésta, creyendo que no le había comprendido, le dijo con dulzura:

—Perdone usted, caballero, que no pueda consagrarle más tiempo, pues tengo que cuidar á mi hermana.

Vivamente herido en su orgullo el marqués, saludó y se retiró; aquella pobre joven era la primera mujer que no le había rendido un digno homenaje, ó al menos significádole una inmésta preferencia.

Al llegar al patio oyó llamar y tuvo que esperar un instante á que Malvina bajase á abrir, pues el señor Martín se hallaba ya acostado.

La pobre niña, aturdida con los sucesos de aquella noche, bajó presurosa y abrió la puerta.

Una vieja, antítesis de la apacible y honrada señora Antonia, asomó desde la calle su sombría cabeza.

Era alta, seca, y venía vestida de negro y cubierta con una gran mantilla.

El marqués, para quien no podía ser indiferente nada de cuanto pasase en aquella casa, salió á la calle y, cubriéndose el rostro con el embozo de su capa, se puso en acecho á la parte de afuera.

—¿Vive aquí una joven que se llama Blanca Valdés?—preguntó la vieja á Malvina.

—Sí, señora—contestó tímidamente la niña.

—Quiero verla.

—Suba usted.

La puerta se cerró, quedando dentro las dos mujeres, y el marqués de la Oliva no pudo oír más.

No obstante, permaneció allí como una figura de piedra adherida á la pared.

Seguiremos á Malvina y á su acompañanta, y luego volveremos á encontrar al marqués.

La anciana entró en la estancia donde se hallaban las tres hermanas, Blanca y María muy afligidas por el estado de Ofelia y por la desaparición del médico, que nada había ordenado para remediarlo.

Blanca, recostada en el sofá, lloraba desconsoladamente, mientras María procuraba calmarla; la recién llegada se aproximó á la joven sin vacilar entre ella y su hermana, y la dijo:

—Vengo, señorita, á pedir á usted un favor.

—¿Un favor... á mí?—dijo Blanca levantando su bello rostro bañado en lágrimas y mirando sorprendida á su interlocutora.

—Si me lo negara usted, señorita, me haría mucho daño—prosiguió aquella mujer clavando en Blanca una mirada que la hubiera amedrentado si hubiera podido comprender su expresión.

—¿Qué quiere usted de mi hermana?—preguntó María de la Gloria con bondad;—hable usted, buena mujer, nosotras somos también muy desgraciadas y deseamos consolar al que sufre.

—¡Oh, bien se conoce que son ustedes muy buenas, mis queridas señoritas!—dijo aquella mujer echando en derredor suyo extrañas miradas.—Pero voy á decir á usted el objeto de mi venida, porque he dejado sola á mi hija.

—¿Tiene usted una hija?—preguntó Blanca, cuyo carácter tierno se interesaba por todas las jóvenes.

—Y muy hermosa, señorita; ella es la que me envía aquí. Madre, me dijo esta tarde, al volver yo á casa he visto en un balcón de la calle de San Bernardino á la más linda joven que se puede usted imaginar; justamente el modelo que yo necesitaría para pintar la Virgen que me han encargado las comendadoras de Santiago.

—¿Es pintora la hija de usted?

—Sí, señorita, pintora de gran talento á pesar de su juventud, pero que todavía no ha podido adquirir nombre por nuestra mísera posición; de ese cuadro de la Anunciación que le han encargado las comendadoras depende nuestro porvenir; con él pagaremos muchas deudas que hemos contraído por una enfermedad que yo he padecido, y Paulina podrá entregarse al trabajo con más tranquilidad.

—¿Y qué es lo que desea de mí la hija de usted?—preguntó Blanca.

—Yo diré á usted: toda la tarde anduvo triste, y cerca del anochecer me dijo:

—«¡Madre, si fuera usted tan buena que quisiera ir á la calle de San Bernardino!

—¿Para qué?—le pregunté yo admirada.

—Para rogar á esa hermosa joven que se digue venir durante dos horas á mi taller ó que me permita ir á su casa, á fin de que su belleza me sirva de modelo para mi Virgen. ¡Oh, en ese caso sí que saldría divina!»

—Dígale usted, pues, que puede venir cuando quiera;—dijo María dirigiéndose á la alcoba, en la cual daba Ofelia penetrantes gemidos.

—Sí—añadió Blanca—diga usted á su hija que seré dichosa si puedo contribuir al buen éxito de su obra; y perdone usted, señora, que el estado de mi hermana me obligue á dejarla.

—Es que, señorita—observó aquella mujer con vacilación—á mi hija no se le ha alcanzado la dificultad de pintar fuera de su taller; pero yo juzgo imposible que pueda hacerlo; allí tiene sus paletas, sus pinceles, sus caballetes, todo cuanto necesita, en fin, al paso que aquí carece de todo, quizá hasta de la luz conveniente...

—Pues bien, yo iré;—dijo Blanca llevada de la irreflexión y viveza de su carácter, de la generosidad y blandura de su bella índole, y sobre

todo de su deseo de desembarazarse de aquella mujer importuna.

Los ojos de la vieja brillaron como dos ascuas; levantóse apresurada, como si temiese que la joven se retractase de su promesa, y dijo:

—Ya que es usted tan buena, señorita, yo vendré á buscarla mañana á las once de la mañana.

Blanca hizo un signo de asentimiento y desapareció detrás de las cortinas de la alcoba de Ofelia, cuyos quejidos se hacían más dolorosos á cada instante.

.....
 Cuando la vieja salió á la calle una sombra se destacó de la pared, tomó cuerpo y dejó ver la figura arrogante de un hombre envuelto en una capa.

La luz del único farol que se veía en la calle alumbró sus facciones y dió á conocer al conde D....

Otra sombra se destacó de la pared de la casita.

Era el marqués de la Oliva, que se puso en acecho de lo que hablaban el conde y la vieja.

—¿Qué hay?—preguntó el esposo de Clotilde.

—Irá—contestó la mujer con aire triunfante.

—¿Sola?

—Conmigo; he quedado en que vendré á buscarla mañana á las once.

—¿Estás segura de la prudencia de Paulina?

—¿No he de estarlo si depende de mí?

Una sonrisa burlona pasó por los labios del conde; luego sacó por debajo de la capa su mano derecha y dijo alargándola á la vieja:

—Toma.

—Dejóse oír un ruido metálico; la vieja se volvió hacia la luz del farol, contó y dijo con ira:

—Es poco.

El conde dió dos pasos para irse, mas la vieja le detuvo por la capa.

—¿Cómo es eso?—exclamó con voz estridente.—Hace mes y medio que está usted loco por esa niña sin lograr ni aun verla, y cuando yo...

—¡Suelta, bruja—dijo el conde arrancando su capa de manos de aquella Megera—y déjame en paz si quieres que sea más liberal mañana!

Esto diciendo echó á andar apresuradamente y la vieja tomó por el lado opuesto, maldiciendo entre dientes.

De súbito se vió atajada por una persona que la cerró el paso.

—¡Hola vestiglo!—dijo la armoniosa voz del marqués de la Oliva.—¿Qué te trae por acá?

—El encargo de cazar á una de las palomas de ese nido—contestó la vieja señalando á la casita de las jóvenes.

—¿A cuál de ellas?—preguntó con voz sorda el marqués, asiendo con fuerza el brazo de la vieja.

—A la más niña—contestó ella con una risa cínica que dejó ver sus encías enteramente des- pobladas de dientes.

—Es que—observó el marqués—si contribuyes en lo más mínimo á la perdición de la joven rubia te mato.

Tembló la vieja, pues conocía que el marqués era muy capaz de cumplir su amenaza; pero, recobrándose al instante, respondió con descaro:

—¿De qué perdición habla usted? ¿Quién puede perderlas más de lo que ya lo ha hecho la lengua de usted? Hace un mes nadie sabía que esas muchachas vivían en el mundo, y desde que habla usted de ellas en el casino, en el teatro y en...

—Yo tengo mis razones para obrar así—dijo secamente el marqués;—mas si olvidas lo que acabo de advertirte sabe que en ello te va la vida.

El marqués pronunció estas palabras á modo de despedida y en seguida tomó la misma dirección que el conde.

La vieja se perdió por una callejuela oscura, haciéndose cruces.

Al final de la calle en que había entrado el marqués vió éste al conde recostado en la esquina y hablando consigo á media voz, como si fuera presa de la agitación más vehemente.

El marqués pasó junto á él sin ser visto y se detuvo en la otra esquina para escuchar su monólogo.

—¡Sí, Clotilde—decía el conde—todo lo intentaré por olvidarte! Hasta hoy tu amor ha imperado en mi corazón y tu imagen, profundamente grabada en él, me hacía creer que necesitaba arrancarle del pecho.... Ahora quiero buscar el último de los remedios... Mi alma abrasada no se alivia en las orgías ni en el juego; por eso he buscado una alma joven, casi infantil, con la esperanza de que sus frescas emociones despierten las mías... ¡Oh, cuánto tardará en lucir para mí el día de mañana!

El marqués no quiso oír más y se fué en busca de su lecho, porque hacía tres noches que no dormía, ocupado en rondar el palacio del conde para ver si podía columbrar la sombra de Clotilde á través de las colgaduras de seda y oro de sus balcones.

A tanto había llegado la pasión del libertino, exaltada sin cesar por el desvío de la condesa.

XVI

La autora á sus lectores.

Preciso es, lectores míos, que retrocedamos algunos días para que podáis comprender mejor los diversos acontecimientos de esta historia.

Desde la noche en que, por una terrible obcecación de su orgullo, rompió el esposo de Clotilde

de todos los lazos que le unían á ella, esta desgraciada joven permanecía sumergida en un profundo abatimiento y entregada únicamente al cuidado de sus hijos.

—¿Qué he hecho yo?—se decía.—¿No le he sido fiel desde que le pertenezco? ¿Hay en la corte nombre más puro que el mío? ¿He dado un solo disgusto á ese hombre cruel que hoy me abandona y reniega de sus hijos? ¿Cuál es mi culpa?

Mas al hacerse esta última pregunta cubriase su frente de intensa palidez y temblaban sus labios; era que en el fondo de su alma se alzaba la imagen de Fernando de Silva y aquella imagen le decía sonriendo con ternura:

«¡Tú me has amado siempre! Ni un solo día has dejado de consagrarme un recuerdo ni una sola noche una lágrima!»

Al oír aquella voz, que partía de su conciencia, la infeliz joven se cubría el rostro con las manos é iba á echarse de rodillas entre las cunas de sus hijos para librarse de sí misma.

Durante muchos días sostuvo valerosamente estos combates de su corazón refugiándose en el cariño que profesaba á sus hijos y en la oración, ese puerto único en las tempestades de la vida; mas llegó un instante en que Satanás alzó en su alma un pensamiento homicida, hijo del despecho que le producía el abandono en que la dejaba su marido.

Este pensamiento empezó á acosarla el primer día que salió de su casa para ir á la iglesia.

Apoyado en una columna, inmóvil y pálido, estaba Fernando de Silva.

El corazón de Clotilde dió un vuelco y ella le preguntó si se hubiera atrevido Fernando á ponerse á su paso yendo acompañada de su esposo.

Su corazón le respondió que no, aunque es probable que Silva hubiera hecho lo mismo. Desde aquel día le vió en todas partes: si abría un balcón, le veía inmóvil en la acera de enfrente; si iba á misa le encontraba apoyado en una columna de la iglesia; si iba al teatro, Fernando ocupaba un palco próximo; y la primera noche que la condesa abrió su salón á sus amigos de más confianza, según acostumbraba á hacerlo una vez por semana desde que se casó, la segunda persona que entró en él fué Fernando de Silva.

Poco después entró el conde, dió la mano á todas las personas á quienes verdaderamente estimaba y la dió también á Fernando; luego se sentó á jugar á una mesa de tresillo; la condesa mandó servir el té, costumbre que el conde había adquirido en Inglaterra y que hacía seguir en su casa para dar más amenidad y confianza á su pequeña reunión.

El servicio del té ocasionó algún movimiento;

formáronse grupos y conversaciones particulares, y Fernando se halló al lado de la condesa naturalmente y sin que nadie sospechase nada.

Ésta tembló, y Silva, que sentía por ella, no ya amor, sino una especie de deseo feroz de venganza, empezó á pintarle todo lo que había sufrido durante aquellos tres años que habían estado separados, alegando como un sacrificio voluntaria renuncia á su amor.

Clotilde tuvo que levantarse desvanecida y con la cabeza hecha un volcán del lado de Silva; éste había recobrado todo el imperio que antes ejercía sobre el alma de la infeliz joven; su voz vibraba en los oídos de Clotilde como los ecos del primer amor, y comparando la conducta del conde con la pasión que le pintaba Fernando, volvió á preguntarse si no merecía disculpa que se abandonase á un cariño contra el cual ningún apoyo le prestaba su marido.

Un pensamiento salvador vino á arrancarla del lado de aquel hombre peligroso; Fernando de Silva era casado y ella lo sabía, pues cuando éste se enlazó con su esposa, hija de uno de los más ricos propietarios de su provincia, se lo escribió Agueda su nodriza.

Clotilde evitó en cuanto pudo desde aquella noche la presencia de Fernando; mas éste buscaba la suya con tanto ahinco como ella ponía en huirle.

La desgraciada joven se consumía en medio de esta lucha terrible; la mujer que toda su vida es buena sin combates no es la más meritoria á los ojos de Dios; la que cruza la senda de la vida con las mejillas constantemente rosadas, con la frente siempre serena, con los labios perpetuamente sonrientes, debe abrigar un corazón helado y haber nacido sin pasiones.

No son por cierto esas mujeres las que llevan rodeada su frente con la hermosa y fulgente corona de la virtud; no hay gloria sin combates ni hay palma sin vencimiento.

Este era el estado del alma de Clotilde cerca de dos meses después de empezarse esta historia, es decir, al mismo tiempo que ocurrían en casa de las huérfanas los acontecimientos que acabo de referir.

Separémonos de ella, lectores míos, y echemos una ojeada al marqués de la Oliva, que alcance á la noche en que fué herido por Celemare y en que el conde le salvó la vida llevado del deseo de una venganza mayor.

Conducido á su casa, fué curado por su médico, que extrajo la bala con una rara habilidad, declarando que la herida no era mortal.

Carlos se dejó cuidar dócilmente porque anhelaba la salud, y tenía bastante fuerza de voluntad para sufrir con paciencia un régimen severo y bienhechor.

Por eso veintiséis días después de su desafío con el príncipe pudo salir en carruaje á investigar por sí mismo dos cosas que ansiaba saber.

Era la una conocer la posición en que había quedado la condesa con su marido después de la tormenta que debía haber provocado en su matrimonio la aparición de Silva, seguida de su anónimo; mas esto no pudo lograrlo, porque, en la apariencia al menos, Clotilde seguía viviendo con su esposo en la más completa armonía.

El otro deseo que le atormentaba era el de saber algo acerca de la encantadora joven que había visto hablando dos meses antes con la vendedora de ramilletes; á fuerza de inquirir, logró averiguar que vivía con dos hermanas más y que eran huérfanas y muy pobres.

Un día vió entrar en la casita de las jóvenes á Rosa con un gran ramo de flores en la mano, y salir sin él al cabo de algún tiempo; el marqués recordó al instante lo ocurrido entre la ramilletera y la joven y no dudó de que las flores eran para ésta.

Infatigable, se informó del modo de vivir de Rosa; supo que era muy honrada, que se mantenía y mantenía á su anciana madre con el producto de sus flores y que tenía relaciones amorosas con un joven oficial de carpintero, llamado el Curro.

El marqués buscó al Curro, le encargó varias

obras para su casa, pagándolas doble de lo que valían, y se mostró muy aficionado á él, hasta el punto de ofrecerle para dentro de algún tiempo la suma que necesitaba para establecerse y casarse con Rosa.

El Curro era de genio violento, pero hombre de bien, agradecido, y estaba dotado de una increíble candidez de sentimientos; así, pues, no sabía cómo pagar al marqués lo que éste hacía por él.

Cuando Carlos estuvo seguro de su gratitud, le confió su pasión por una hermosa joven desconocida y al parecer pobre que vivía en la calle de San Bernardino, núm. 3. Antonio, el Curro, se felicitó de poderle dar las noticias que deseaba, y le dijo que su novia llevaba todas las semanas un ramillete á dicha joven.

Por Antonio, pues, supo el marqués cuanto necesitaba saber, y pocos días después esperó á Rosa cuando salía de dejar su ramo, y le habló dándose á conocer como el marqués de la Oliva, del cual tenía noticias por su novio.

El marqués supo aquel día que María de la Gloria era una excelente profesora de música y al instante meditó un plan de ataque.

Pensó desde luego para llevarle á cabo en la bella duquesa de Ríoclaro, á quien ya conocen mis lectores por haberla visto con Clotilde en su palco de la Opera: la duquesa, viuda cinco años

hacía, sentía una verdadera pasión por el marqués de la Oliva, quien había pensado en casarse con ella por sus muchas riquezas.

La duquesa tenía una preciosa niña de siete años: sólo rodeando á esta criatura de cuidado y de cariño había conseguido el marqués hacerse dueño del corazón de su madre.

El día mismo en que supo que María de la Gloria poseía la música con tanta perfección, resolvió hacer un instrumento para sus fines de la inocente niña, hija de la mujer á quien había jurado un eterno cariño.

Desesperado de no poder entrar por ningún medio en casa de las huérfanas, pues sabía por Rosa y su prometido que nadie las visitaba y que jamás salían, hizo comprender á la duquesa que su hija Nélide debía ya empezar el estudio de la música y le habló de una joven que podía servirle de excelente maestra, encargándole las ventajas de que se encargase de su enseñanza una persona de su sexo.

La duquesa cayó en el lazo y Carlos fué bastante sagaz para conseguir de ella el billete que le hemos visto presentar á María y que le sirvió de pretexto para introducirse en su casa.

Retiróse lleno de contento; su obra estaba acabada, porque desde el día en que había visto entrar á la joven en aquella casita de tan pobre y mezquina apariencia, juzgó, llevado por la

bajeza de sus sentimientos, que era de conducta equívoca, y en este sentido habló de ella á sus amigos; mas no bien supo que eran tres hermanas y que vivían solas, su maledicencia tomó mayor incremento y ya no designó su casa más que con el apodo de *un nido de palomas*.

XVII

Más explicaciones de la autora.

El conde D..., por ese fanático culto que profesaba á todas las exigencias del gran mundo, siguió viendo al marqués de la Oliva con la sonrisa en los labios, después de la noche del desaffo de este último con el noble y magnánimo príncipe de Cellemare.

Ya sabemos que el marqués no oyó las palabras del esposo de Clotilde por estar desmayado; así, pues, cuando volvió á encontrarle en el mundo y el conde le preguntó con admiración por la causa de su herida, el marqués le respondió con indiferencia que la debía á un lance ocasionado por el juego.

En seguida entabló su conversación favorita y preguntó al conde si conocía el famoso *nido de palomas* de la calle de San Bernardino.

—Algo he oído hablar de él—contestó el conde;—es la conversación del día en las reunio-